

**CAPITULO VII.**

FANG.

« ¡ Socorro! Socorro!

MISTRESS QUICKLY.

« ¡ Socorro! Socorro!

« Antes dos venid que uno. »

SHAKSPEARE. *Enrique IV.*

Todos los de la comitiva de Peveril del Pico estaban tan acostumbrados á oír la voz de mando *¡ á caballo!* que la escolta mandada por la condesa de Derby en la parte montañosa y casi desierta de este condado, limítrofe de Chester,

se puso bien pronto en orden, y en aquella reservada actitud que infunde la posibilidad del peligro. Marchó la cabalgata con las precauciones á que se habian acostumbrado por la experiencia durante las guerras civiles. Un caballero prudente y bien montado iba cerca de trescientos pasos adelante del cuerpo de la tropa, y otros dos caballeros iban con la carabina al brazo y montada para tirar si fuere necesario. La condesa de Derby, ciento y cincuenta pasos mas cerca, montaba el palafren de lady Peveril, porque ya estaba muy cansado el suyo con el viaje que habia hecho desde Londres al castillo de Martindale, seguida de un escudero con cuya fidelidad podia contar, y de una camarera; avanzábase al centro, custodiada por sir Geoffrey Peveril del Pico, y por tres filas de hombres bien armados, tan arrestados como fuertes. Whitaker y Lance-Outram formaban la retaguardia, como hombres de confianza, y encargados de proteger la retirada. Iban como se dice con la barba sobre el hombro, es decir mirando al rededor de tiempo en tiempo y tomando todas las medidas necesarias para

divisar lo mas antes posible los enemigos que podrian perseguirlos.

Pero por muy habil que fuese Peveril en el arte militar, no brillaba tanto con respecto á la política administrativa, aunque sin necesidad aparente, habia explicado á Whitaker la clase de su expedicion, y este no se franqueó menos con su compañero Lance-Outram.

— ¡Ve aquí lo mas extraño! señor Whitaker, dijo el guarda bosque cuando supo de lo que se trataba; y quisiera que vm. á quien tengo por hombre sabio, pudiera explicarme como siendo así que veinte años ha no hacemos mas que pedir por el rey, desear el rey, combatir por el rey, morir por el rey, lo primero que tenemos que hacer cuando está de vuelta, sea ponernos las corazas para oponernos á la ejecucion de una orden del rey.

— Joven barbado, dijo Whitaker, ¿Y es todo eso lo que vm. sabe en cuanto al fondo del negocio? Desde el principio nos hemos batido por el rey, contra sus órdenes; porque yo me acuerdo que todas las proclamas de esos ra-

biosos se hacían á nombre del rey y del parlamento.

— ¡ Ah! ¡ Vé aquí lo que es! Muy bien, si es preciso volver á espantar la caza, y enviar, á nombre del rey, mandatos contra sus fieles vasallos, viva nuestro amo excelente, que es hombre para hacer con ellos tacos de fusil; y si Bridgenorth trata de darnos caza, no me pesará tener algo que decirle.

— ¿Y por qué? ¿Es un puritano Cabeza-Moronda, pero buen vecino. ¿Qué le ha hecho á vm. ?

— Ha cazado en mis tierras.

— ¡ Él! Maldito si creo nada. Te chanceas sin duda. Bridgenorth no caza ni pelo ni pluma; no es la sangre que corre por sus venas propia para el caso.

— Eso puede ser, Whitaker; pero con su cara de vinagre que espanta los niños y es capaz de acedar la leche de las nodrizas, anda tras una pieza en que tú no piensas.

— ¡ Qué! ¿quieres decir le gustan las medias blancas? ¡ cómo! si siempre está llorando desde que murió su muger. Ya sabes que nuestra ama tomó su niña temiendo no la matara

en uno de sus accesos, porque con verla se acordaba de su muger. Perdóneme la señora y quédese entre nosotros, no faltan hijos de Caballeros de quienes hubiera podido encargarse mucho mejor. Pero vamos á tu cuento.

— No es muy largo. Puede vm., señor Witaker, haber advertido, que una tal mistress Debora ha manifestado disposiciones bastante favorables por cierta persona que vive en cierta casa.

—Quieres decir por un tal Lance-Outram. Tú eres el presumido mas vano...

— ¡ Presumido! No mas lejos que ayer tarde, pudo verla toda la casa que venia persiguiéndome.

— Me alegrara que hubiera sido un toro en castigo de tu impertinencia y amor propio.

— Como vm. quiera; pero vamos al caso. Al entrar yo esta mañana en el parque para matar un gamo, pensando no podia venir mal en la dispensa, despues de la fiesta de ayer, cuando pasaba junto á las ventanas de la sala de los niños, no hice mas que levantar los ojos para

ver lo que hacia la señora ama de gobierno; y apenas me atisbó cuando la vi ponerse su gorra y capucha. Abrió bien pronto la puerta del jardin, y no dude quisiese atravesarle y venir al parque por la brecha. ¡Ah! ¡ah! dije para mí, mistress Debora, si vm. quiere bailar al son de mi flauta yo tocaré unas seguidillas antes de acercarse á mí; y así me vine á Ivy-Tod-Dingle, donde el tallar está tan cerrado, y el terreno tan pantanoso, y volví despues hácia Haxley Bottom, pensando siempre que me seguía, y riéndome entre mí del paseo que la obligaba á dar.

— Hubieras merecido que te hicieran tomar un baño en la balsa, en premio de tu trabajo. ¿Pero qué tiene que ver el cuento de Juan y su linterna\* con Bridgenorth?

— Si, porque era Bridgenorth la causa de que no me siguiera ella, ¡voto á brios! desde entonces anduve mas despacio, despues me paré; luego volví poco á poco la cabeza, en fin

(\*) Jack a Lantern. — Ed.

llegué á perderla de vista, y á pensar que me había portado como un asno.

— Eso es lo que yo niego; porque ningun asno se hubiera portado así. Pero prosigue.

— Volvíme pues, hácia el castillo como si me saliera sangre por las narices, y muy cerca de Copely-Thorn, situado como vm. sabe á un tiro de ballesta de la poterna, atisbé á la señora Debora en conferencia con el enemigo.

— ¿Quién es ese enemigo?

— ¿Quién es el enemigo? ¡vive Dios! Bridgenorth. Parecia intentaban esconderse en el tallar; pero, ¡por vida de sanes! decia yo entre mí, muy grande será mi desgracia si no consigo descubriros como he descubiertto mas de cuatro gamos: y sino podria yo dar mis flechas para que hicieran asadores. Hice pues un rodeo para sorprenderlos; y ¡permita Dios que nunca pueda yo tirar el arco! si no le vi poner oro en la mano de Debora.

— ¿Es eso todo lo que tú has visto entre ellos?

— Era, por vida mia, lo bastante para obli-

garme á cantar mas bajo. ¡Cómo! cuando pensaba yo que la muchacha mas guapa del castillo no bailaba sino al son de mi silbato, me daba que sentir, pelando la pava en un rincon con un viejo y rico puritano.

—Créeme, Lance-Outram, no es lo que tú presumes. Bridgenorth no piensa en esas locuras amorosas, y tú no piensas mas que en eso.

Pero conviene mucho sepa nuestro amo que habló con Debora en secreto y que le ha dado oro; porque no hizo puritano alguno cosa como esta, no siendo para recompensar algun servicio hecho á Satanás ó para incitar que se le haga.

—No soy yo capaz, Whitaker, de hablar á nuestro amo contra esta pobre moza. Sobre todo que ella tiene derecho de hacer de su capa un sayo como decia la dama que hacia cariños á su vaca. Lo que puedo yo decir, es que hubiera podido manifestar mejor gusto en escoger. Me parece que una cara de acelga, cejas como brochas, ocultas bajo un sombrero de pavelo y un esqueleto rebujado en un vestido negro y viejo, no puede ser una tentacion muy fuerte.

—Ya dije antes que te engañas; que no hay ni puede haber entre ellos esas pataratas de amorios. No puede menos de ser alguna intriga con respecto á la noble condesa de Derby. Te digo que conviene lo sepa nuestro amo, y al instante lo sabrá. Al decir esto, y sin hacer caso de cuanto le decia Lance-Outram en favor de mistress Debora, metió espuelas el intendente al caballo, fué á reunirse con el cuerpo del pequeño ejército, y refirió al caballero y á la condesa lo que le habia dicho el guarda bosques sin olvidarse de añadir sospechaba él, queria el señor Bridgenorth de Multrassie Hall establecer un espionage en el castillo de Martindale, ya con el fin de asegurar la venganza con que amenazó á la condesa de Derby, porque ordenó la muerte de su hermano, ya por otro motivo ignorado pero igualmente siniestro.

—Esta noticia hizo subir al mas alto grado el enojo del caballero del Pico. Con arreglo á las prevenciones de su partido suponía que la faccion contraria suplía con la intriga y astucia lo que le faltaba de fuerza, y concluyó de todo, sin

otra reflexion , que su vecino, cuya prudencia respetaba y algunas veces temia, conservaba con designios inicuos, una correspondencia clandestina con una persona que vivia en su casa. Si tales designios se dirigian contra su noble parienta, era una traicion inspirada por la presuncion; y si miraba el asunto bajo el mismo punto de vista que Lance-Outram, es decir como una intriga criminal con una persona al servicio de lady Peveril era el colmo de la impertinencia, una falta de respeto indigna de perdon en un hombre como Bridgenorth. En ambos casos hubo causa bastante para excitar su cólera.

A poco de haber vuelto Whitaker á su puesto en la retaguardia, le dejó de nuevo y regresó á brida suelta donde iba su amo, para darle la noticia desagradable de que se hallaban perseguidos lo menos por diez hombres á caballo.

— ¡Adelante, hácia Hartley-Nick, y al galope! dijo en alta voz el caballero; allí con el auxilio de Dios esperaremos á esos pícaros. Condesa de Derby, oigame vm.; seré breve. ¡A

Dios! vaya vm. adelante con Saunders y otro de los míos, y fiese vm. en mí, que yo no permitiré la pisen los talones.

— Me quedaré con vm., dijo la condesa; los esperaremos juntos. Ya me conoce vm. tiempo ha, y sabe no me asusta el ruido de las armas.

— Es preciso que vaya vm. adelante, señora, replicó sir-Geoffrey; es preciso por el interés del joven conde y de la familia restante de mi noble amigo. No hay nada que merezca se detenga vm. á verlo. Un empeño contra estos miserables no debe ser mas que un juego de niños.

Aunque con repugnancia manifiesta consintió la condesa en continuar su marcha. Llegaron ellos bien pronto por bajo de Hartley-Nick, desfiladero escarpado de rocas, donde venia siendo muy estrecho el camino, ú mas bien el sendero, que hasta allí atravesara un pais bastante descubierto, por estar costado por una parte de un tallar muy espeso, y por la otra de la corriente de un rio que descendia de una montaña.

La condesa de Derby, despues de haberse